

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

Repetimos aquí lo que hemos dicho en otro lugar, que la Iglesia en los evangelios dominicales nunca pierde de vista á su divino Esposo, sino que va siguiéndole paso á paso en todos los misterios de su vida desde Belen, donde nació, hasta el Olivete, de donde subió al cielo. Despues que en los domingos precedentes nos ha hecho ver toda su vida oculta, comienza hoy á ponernos á la vista su vida penitente y muerte dolorosa, y continuará haciéndolo así hasta el día de Pascua: y esto al objeto de inducirnos á una penitencia saludable, que nos haga dignos de la gloria de su resurreccion. Por esto, á mas de la variacion que hoy introduce en su canto, dejando el Alleluia, que es cántico de alegría, por el Laus tibi Domine, que es cántico de dolor; y á mas del cambio que hace en sus ornamentos, mudando el color blanco, que es señal de fiesta, en el morado, que es símbolo de penitencia; nos propone un evangelio muy á propósito para inducirnos á la práctica de esta virtud, cual es el que contiene la parábola del corto número de los elegidos.

Sobre este evangelio se pueden componer diferentes asuntos, pero todos encaminados á un mismo fin. El primero es sobre el fin del hombre, y se arregla así: Se refiere la parábola del padre de familias, tal como la lleva el evangelio, y luego se dice: ¿Qué es lo que se nos representa por este padre de familias, por esta viña, por estos jornaleros, y por esta paga? El padre de familias es Dios, que es Padre de todos los hombres, especialmente de los cristianos: la viña es nuestra alma, la cual él quiere que cuidadosamente cultivemos todo el tiempo de nues-

tra vida: los jornaleros somos nosotros, á quienes él ha confiado el cuidado de cultivarla con virtudes y obras buenas: la paga es el cielo, que él nos dará al último de la jornada, si, como fieles operarios, cumplimos bien con esta obligacion. Hé aquí, se dirá, en pocas palabras todo el fin que Dios ha tenido en ponernos en el mundo, y todo lo que nosotros debemos procurar mientras vivamos en él. Mas para que lo veais mejor, voy á tratarlo con mas extension.—Aquí se dice la plática que sobre la creacion y fin del hombre se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 74.

Tambien se puede predicar sobre el buen uso del tiempo, tomando por tema aquellas palabras: *Exiit primò manè conducere operarios in vineam suam.* Se refiere simplemente la parábola, y luego se pregunta: ¿Por qué este buen padre de familias madrugó tanto para conducir los trabajadores á su viña? Para que comprendamos el valor del tiempo, y la necesidad en que nos hallamos de aprovecharlo para el cielo. El tiempo de la vida es breve, es incierto, es irreparable: breve en su duracion, incierto en su posesion, irreparable en su pérdida. La brevedad del tiempo se demuestra con hacer considerar la vida del hombre, ya en sí misma, ya con relación á la eternidad. Considerada en sí misma, tira hasta los ochenta años, descontando considerables porciones de tiempo en que propiamente no se vive, como son el tiempo de la infancia, del sueño, de distraccion. Considerada relativamente á la eternidad, es menos que una gota respecto del mar, menos que un átomo respecto de la tierra, menos que un punto respecto del universo. La incertitud del tiempo se manifiesta haciendo notar los infinitos azares á que está expuesta nuestra vida, y sobre todo la naturaleza del tiempo mismo, que de sí es deleznable y contingente; añadiéndose á esto, que Dios, tan generoso en todo lo demás, el tiempo nos lo da con tal escasez y limitacion, que

dividiéndolo en partes menudísimas, que llamamos instantes, no nos da dos á la vez, sino uno despues de otro; y cuando nos da el primero nos deja inciertos del segundo. Lo irreparable del tiempo se prueba por su misma condicion, la cual consiste en un continuo correr, sin nunca parar, y aun menos volver atrás. Así como el agua de un rio pasa una sola vez, y pasado que ha una vez, es imposible pase otra; así nuestros años pasan una sola vez, sin que sea posible que vuelvan. Dios, con ser omnipotente, no puede hacer que vuelva el tiempo que ya pasó. Omnes quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur¹.

Otro asunto, y que parece ser el que principalmente intenta la Iglesia se predique hoy, se puede sacar del presente evangelio, y es sobre el corto número de los elegidos, deduciéndolo de aquellas palabras: *Multi sunt vocati, pauci verò electi*. Pero este asunto se ha de tratar con mucha prudencia, y sin exagerar la verdad: de lo contrario hará mas daño que provecho. Parécenos que el que vamos á escribir evitará este extremo.

Corto número de los que se salvan.

Multi enim sunt vocati, pauci verò electi. (*Matth. xx, 16*).

Sin que yo os lo advierta, y con solo notar la variacion de cánticos y ornamentos que hoy hace la santa Iglesia, ya podeis conocer, cristianos, que hemos entrado en un nuevo período del año eclesiástico. Hoy se suprime el cántico *Alleluia*, que es cántico de júbilo y alegría; y en su lugar se entona el *Laus tibi Domine*, cántico de dolor y tristeza, que durará hasta la vigilia de Pascua de Resurreccion. Hoy se dejan los ornamentos blancos, signos de fiesta y satisfaccion; y en su lugar se adoptan los morados, símbolos de afliccion y de peni-

¹ II Reg. xiv, 14.

tencia. ¿Sabeis qué indica esto? Que hoy cesan las santas alegrías que nos causaron los misterios del Nacimiento del Hijo de Dios, y comienzan las saludables tristezas que deben causarnos los misterios de su pasion y de su muerte; que hoy termina el tiempo destinado á entregarnos al júbilo por la salvacion que Jesucristo nos trajo, y comienza el tiempo señalado para entregarnos al dolor y á la penitencia por los pecados que nosotros hemos cometido.

Para disponernos á esta penitencia, la cual, como enseña el concilio de Trento, comienza por un saludable temor, la Iglesia nos refiere hoy una parábola capaz de infundirlo en el ánimo del pecador mas intrépido y obstinado. Porque ¿qué cosa mas espantosa que el saber, y saberlo de la misma boca de Jesucristo, que son pocos los que se salvan? *Multi sunt vocati, pauci verò electi*. Si yo quisiese dar á estas palabras del Salvador la interpretacion que les dan algunos teólogos, y tomarlas en el sentido riguroso que ellos las toman, os diria cosas tan espantosas, que harian devanear la cabeza aun á los mas justos. Pero no es este mi ánimo. Sin disminuir en nada la verdad, vengo á deciros cosas que, si por una parte deben haceros temblar, por otra deben daros grande ánimo y confianza. Estas cosas son tres, y todas enseñadas por la fe: 1.^a que son pocos los que se salvan: 2.^a que los que se condenan, se condenan por culpa suya: 3.^a que Dios nos provee á todos de medios sufficientísimos para salvarnos. Escuchad con atencion, que el asunto es muy delicado.

Para proceder con claridad en una materia en que tanto la exageracion como la atenuacion podrian ser muy perjudiciales, conviene antes que todo suponer tres cosas todas muy ciertas. La primera es, que cuando se dice que son pocos los que

se salvan, no se habla en sentido absoluto, como que realmente sean pocos los que van al cielo, pues san Juan nos asegura que vió allá una turba tan grande de bienaventurados, que nadie sería capaz de contarlos: *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat*¹: sino que se habla en sentido relativo, lo que quiere decir, que, aunque son muchos los que se salvan, son pocos comparados con el número de los que se condenan. La segunda cosa que debemos suponer es, que cuando se dice que son pocos los que se salvan en comparacion de los que se condenan, se habla de todos los hombres en general, haciendo entrar en la cuenta tanto á los infieles como á los cristianos: y en este sentido es muy cierta la proposicion, porque siendo la fe absolutamente necesaria para salvarse, es indispensable que la mayor parte del género humano se condene, ya que la mayor parte ó ignora la verdadera fe, ó no la sigue. La tercera es, que concretando la cuestion solamente á los cristianos, y tomándolos á todos en globo, así párvulos como adultos, no se puede dudar que son muchos mas los que se salvan que los que se condenan; porque es cosa averiguada que casi la mitad muere antes del uso de la razon: y si á estos juntamos todos los adultos que se salvan, que ciertamente no son pocos, resulta que el mayor número de cristianos va al cielo. Todo lo dicho hasta aquí es cierto, seguro, innegable.

Lo que ahora queda por ventilar es, si de los cristianos que llegan al uso de la razon, son mas los que se condenan que los que se salvan. Sentada así la cuestion, y concretándola á nuestro país y á nuestros tiempos, digo que el mayor número de los cristianos adultos se condena miserablemente.

¡Santo Dios! excluiréis, ¿cómo puede ser esto? ¿cómo puede ser que, habiéndonos Dios por su infinita misericordia

¹ Apoc. vii, 9.

llamado al Cristianismo, que es el arca de salvacion, permita que la mayor parte nos condenemos? Si habíamos de condenarnos, ¿para qué llamarnos á su santa religion, y aplicarnos tan generosamente los méritos de Jesucristo? ¿Cuál es el escultor que, habiéndose esmerado mucho en labrar una estatua, tiene el gusto de arrojarla al fuego? ¿Nos habrá Dios hecho cristianos para hacernos tizones del infierno?—Estos argumentos tienen mucho de perspectiva, pero poco ó nada de fuerza en el fondo: ved cómo los disipo.

Dos solos caminos hay para llegar al cielo, que son ó no haber jamás pecado mortalmente, ó haber hecho digna penitencia; á no ser que digamos con los protestantes que el hombre adulto se salva por la fe sola, lo que es una herejía detestable. Ahora bien: si yo logro demostraros que son poquísimos los cristianos adultos que nunca hayan cometido culpa grave, y menos todavía los que, habiéndola cometido, hacen la debida penitencia, ¿qué podréis responderme? Habréis de convenir en que es muy alta la cifra de los cristianos adultos que se pierden. Vamos á las pruebas.

Y comenzando por los que nunca han cometido culpa mortal, ¡buen Dios, cuán pocos son estos! ¡cuán reducido es el número de los que conservan la gracia del Bautismo! Sucede ordinariamente con nosotros lo que pasa con los cuervos, los cuales al nacer son muy blancos, pero poco á poco van mudando el color, y toda su blancura degenera en un negro extremado. Así nosotros cuando salimos de la pila bautismal tenemos una pureza envidiable; pero ¡ah! esta pureza no suele durar mas tiempo que aquel en que aun no somos capaces de pecar. Apenas llegamos al primer uso de la razon, comenzamos á aprender la malicia, por manera que lo mismo es llegar á conocer á Dios, que comenzar á ofenderle. No insistiré mas sobre esta verdad que os es harto conocida, y que casi

todos sabeis por una experiencia tan propia como deplorable.

Así es, me diréis ; pero ¿la penitencia no repara la pérdida de la inocencia?— Cuando es la que debe ser, sí que la repara ; pero aquí está el trabajo. San Ambrosio dice una expresion que deberia haceros temblar á todos, y es que tiene por cosa mas fácil hallar almas del todo inocentes, que pecadores verdaderamente penitentes : *Facilius inveni qui innocentiam servaverint, quàm qui congruam penitentiam egerint.* Y para que no creais que esté Santo exageró la cosa, consideremos la penitencia en el modo que es mas fácil practicarla, quiero decir, en cuanto es Sacramento, y pregunto : ¿son muchos los pecadores que confiesan de tal modo, que su confesion no sea un sacrilegio? No es mi intencion perturbar sobre esto vuestras conciencias ; pero no puedo dejar de haceros notar una cosa. Vosotros veis que, á excepcion de uno que otro libertino, apenas hay cristiano que no se confiese, á lo menos cuando lo manda la Iglesia. Pero ¿qué juicio formais de tantas confesiones? ¿son buenas?... Mirad el fruto, y él os lo dirá. ¿Dónde están los deshonestos que, habiéndose confesado, dejen la ocasion? ¿Dónde los defraudadores que restituyan lo ajeno? ¿Dónde los blasfemos que pongan freno á su lengua? Al ver en la Cuaresma los confesonarios atestados de penitentes que gimen, suspiran y se hieren el pecho, ¿quién no diria que el pecado se acabó? ¿quién no pensaria que toda la parroquia va á convertirse en un seminario de gente fervorosa? Pero haced que llegue el dia de Pascua, ¿qué digo? mirad á estos penitentes tres dias despues de su confesion, y veréis los mismos pecados, los mismos vicios, los mismos hombres. ¡Buen Dios! ¿y esta es la penitencia en que tanto se cuenta? ¿estas son las confesiones con que se piensa recobrar la inocencia perdida?

Pero, señor, me diréis, usted no puede negar que casi to-

dos los cristianos confiesan antes de morir.— ¿Y por qué lo habia de negar? Mas deseo saber qué quereis inferir de esto.— Queremos inferir que, siendo muy regular que aquella última confesion la hagan bien, la mayor parte de ellos se salva.— ¿Esto inferís? pues yo infiero todo lo contrario, yo infiero que la mayor parte de ellos incurre en una condenacion mas espantosa. Porque, decidme, si cuando están sanos acostumbran confesarse mal, ¿qué ha de ser la confesion que hacen cuando son ya casi moribundos, sino un nuevo sacrilegio que ponga, digámoslo así, el sello á su eterna réprobacion? Esta reflexion no es mia, sino de san Juan Crisóstomo. La mayor parte de los cristianos, dice, ¿no va por el camino del infierno? ¿no lo sigue hasta la última enfermedad? Luego, aunque entonces confiesen, por un curso ordinario no pueden entrar en el cielo, porque no puede llegar á la puerta quien no ha andado por el camino : *Non potest quis pervenire ad portam, nisi ambulaverit in via.*

Decidme ahora, que Dios no os ha hecho cristianos para que os condeneis. Verdad cierta, pero mal aplicada. Tampoco el escultor escoge la madera para echarla al fuego, sino para formar de ella una hermosa estatua ; pero si despues ve que es de mala condicion, y no se deja labrar, ¿puede menos que destinarla á ser quemada? Igualmente, Dios no os ha llamado á su religion para haceros tizones del infierno, sino para colocaros como piedras preciosas en el templo de su gloria : pero si vosotros no quereis el cielo, si á todo trance quereis condenaros, ¿qué ha él de hacer?

Si os condenais, no será Dios quien tendrá de ello la culpa, pues él desea que todos os salveis, como dice san Pablo : *Deus vult omnes homines salvos fieri*¹ : la culpa será toda vues-

¹ I Tim. II, 4.

tra, y solo os condenaréis porque querréis : *Perditio tua, Israel*¹. Entre tantos condenados como hay en el infierno, no hay uno solo que no confiese estar allá por culpa suya, y no diga con el real Profeta : *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum* : confieso, Señor, que tengo bien merecida la condenacion. Preguntémosles sino, y ellos nos descubrirán esta verdad. Hola, moradores del infierno, dejad por algunos instantes esa mansion de horror, y venid algunos á contestar á mis preguntas.

Paréceme que entre humo y llamas veo subir á uno. Díme, criatura desgraciada, ¿quién eres tú?—Yo soy un pobre idólatra nacido en países salvajes, que nunca oí hablar ni de cielo, ni de infierno, ni de religion.—¡Pobrecito, cuánto te compadezco! Pero si nunca supiste nada de esto, ¿por qué te has condenado?—Porque he querido condenarme.—¿Es posible?—Sí, soy condenado porque he querido serlo.—Detente un poco aquí, y suba otro. Y tú ¿quién eres?—Soy un cismático del Norte, que apenas supe hubiese Dios.—Pues ¿por qué estás en el infierno?—Por mi culpa.—¡Calla! ¿qué culpa tiene quien, como tú, nada supo de la verdadera fe?—Digo que estoy en el infierno por culpa mia.—Detente tambien aquí, y venga otro. ¿Quién eres tú?—Yo soy un protestante educado por padres protestantes tambien, que nunca llegué á conocer la verdad católica.—¿Y estás en el infierno?—Sí estoy, y por culpa mia.—Vamos, explicaos todos, y decidnos cómo pudo ser que, ignorando vosotros inculpablemente los medios de salvacion, os condenáseis.—¿Inculpablemente has dicho? te engañas : nosotros no tuvimos tantos medios para salvarnos como los cristianos, pero tuvimos los suficientes. Has de saber que, á mas de la ley cris-

¹ Osee, XIII, 9.

tiana, hay otra ley llamada natural, la cual todos llevamos escrita en el corazon, bastando el ser hombre para saber sus preceptos. Si nosotros hubiésemos observado esta ley, Dios primero hubiera hecho milagros, que no nos hubiera dejado condenar ; nos habria enviado quien nos instruyese, y nos habria dado otros auxilios para salvarnos. Mas como no vivimos conforme á los preceptos naturales, nos hicimos indignos de estas gracias : y por esto hemos dicho que somos condenados por culpa nuestra.

Ahora bien, cristianos : si estos infieles no hallan excusa, si confiesan tener bien merecida su condenacion, si dicen que se condenaron porque quisieron, ¿qué excusa podrá alegar un católico, á quien Dios ha dado tantos medios de salvacion? Recorramos ligeramente estos medios, y vosotros mismos lo reconoceréis. Podia Dios dejaros nacer en medio de la morisma, como á otros muchos lo ha permitido ; y si lo hubiese hecho, no podríais decir que os habia negado los medios suficientes para salvaros. Pero ¿lo ha permitido? No, antes ha dispuesto que naciéseis en el seno del Cristianismo, donde habeis aprendido todo lo necesario para salvaros. Y si despues de esto os condenais, ¿podréis decir que ha sido por falta de medios? No, habréis de decir que ha sido por culpa vuestra : *Perditio tua, Israel*. Mas : podia Dios precipitaros al infierno luego que cometísteis el primer pecado mortal, como ha precipitado á otros muchos ; y si lo hubiese practicado, no podríais quejaros con razon. Pero ¿lo ha hecho? No, antes ha usado de una paciencia admirable, os ha sufrido por años y años, y os está sufriendo todavía. Y si con todo esto os perdeis, ¿será por falta de medios? No, será por vuestra culpa : *Perditio tua, Israel*. ¿Recordáis lo que os dijo aquel buen confesor? Dios fue quien se lo inspiró. ¿Teneis presente lo que oísteis en aquel sermon? Dios fue quien puso aquellas pala-

bras en los labios del predicador. ¿Recordais aquella muerte desastrosa que os llenó de miedo? Dios fue quien os la hizo ver para vuestro aviso. Y si á pesar de todos estos medios os condenais, ¿de quién será la culpa? Será vuestra, cristianos, vuestra será: *Perditio tua, Israel.* ¿Cuántas inspiraciones, cuántos remordimientos, cuántos desengaños vienen uno y otro dia á inquietar vuestra mala conciencia! ¿Y qué es todo esto, sino medios que el Señor os ofrece para que no caigais al infierno? Y si esto no obstante vais á parar en él, ¿quién tendrá la culpa? Vosotros, cristianos, y no otro alguno: *Perditio tua, Israel.*

Resumamos ahora cuanto hemos dicho, y probemos con pocas palabras las tres grandes verdades que hemos propuesto al principio. La primera es, que son pocos los cristianos adultos que se salvan: prueba. Solo se salvan los que, ó no han pecado mortalmente, ó han hecho la debida penitencia: es así que entre los cristianos adultos son poquísimos los que no han pecado mortalmente, ó han hecho la debida penitencia; luego entre los cristianos adultos son poquísimos los que se salvan. La segunda verdad es, que todos los que se condenan, se condenan porque quieren: demostracion. Solo se condenan los que, habiendo pecado mortalmente, no hacen penitencia de sus pecados: es así que quien no hace penitencia de sus pecados es porque no quiere; luego todos los que se condenan, se condenan porque quieren. La tercera verdad es, que Dios nos da medios sufficientísimos para salvarnos: razon. La fe, los Sacramentos, las inspiraciones, la predicacion, el tiempo, los convites á la penitencia, etc., son medios sufficientísimos para salvarse: es así que Dios nos da abundantemente todas estas cosas; luego nos da medios sufficientísimos para salvarnos.

¿Bastará esto, cristianos, para animaros? Sea el que fuere

el número de cristianos que se salvan: vosotros, si quereis, podeis ser de este número. Confesad vuestros pecados, detestadlos de veras, no pequeis mas: y héos aquí todos salvos. Quien quiere salvarse, se salva: quien se condena, se condena porque quiere. Esto no es una opinion: es una verdad clásica, solidísima, tan cierta como el mismo Evangelio. Haga Dios que todos la comprendais, y sepais aprovecharos de ella. Amen.